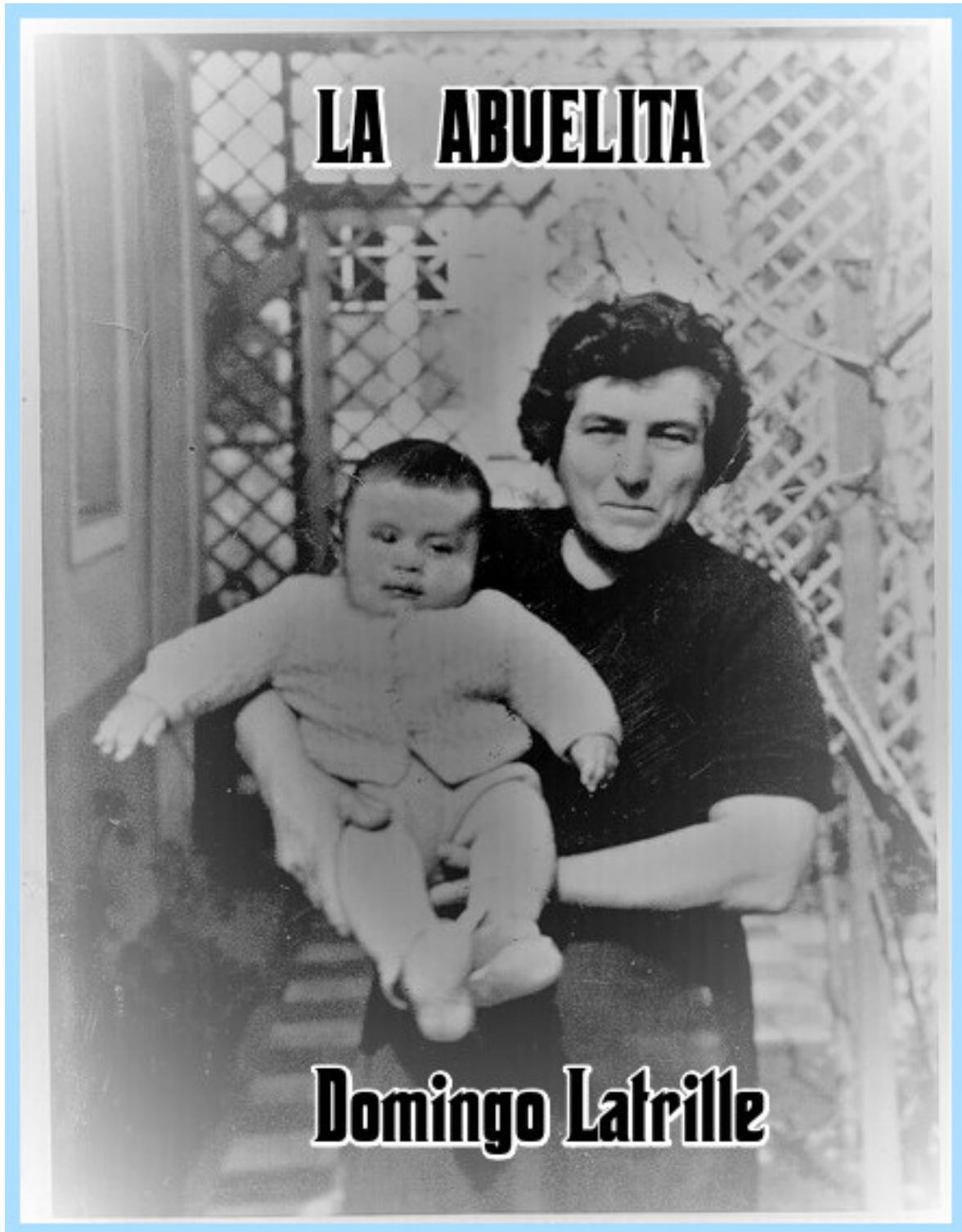


LA ABUELITA (CAPÍTULO 1)

Domingo Latrille



Capítulo 1

Llegada la noche de cada viernes solía engalanarse como lo hace una flor cuando le brilla el lucero...esmaltar color de perlas sus largas uñas detalladamente limadas, colocar en su cuerpo cuatro lágrimas de un extracto retinto de violetas salvajes, elevar sus talones delineados como pisando una grada de triunfo por encima de su altura destacada: sus negros tacones puntiagudos...para luego, amorosamente dedicada, tomar la mano de su pequeño sobrino nieto, diciéndole que ya era hora de ir a visitar a la abuelita. La anciana no era en realidad la abuela legítima del niño y tampoco lo era de ella, quien cariñosamente la llamaba así por afectividad y compasión, pero, que aún no siéndolo, mantenían un oculto lazo de complicidad, que las relacionaba muy estrechamente. Tras alistar un pequeño bolso con obsequios especialmente preparados para ayudarle a sobrellevar sus días de anciana solitaria, la elegante mujer, tomada de la tierna mano, pequeñita y blanca de su acompañante e inocente aliado, salía de su casa para atravesar las calles húmedas del puerto de Iquique...caminando juntos, decididamente uno con el otro, como si fueran a un baile de galas perfectamente acompañados; la dama de honor y su escolta. La gente al pasar junto a ellos no podía dejar de mirarla. Su imponente figura, su prestancia y elegante sencillez contrastaba con aquello que era común, y no pasaba desapercibida ante los ojos de nadie. Durante el trayecto, el niño con sólo cinco años, esperaba ansioso, estimulado, el momento de ver y tocar a la abuelita, con el mismo sentimiento de recibir una pieza de chocolate dulce, espesamente deleitosa. No dejaba de pensar a cada instante en una historia de magia y brillantes alas para encontrarse con un hada singular, esplendorosa, y jugar a descubrir secretos en su mundo de asombro: su casita de cuento...Habiendo llegado, la tía estilizada tocó el timbre del umbral...siempre debían esperar uno o dos minutos que, constituían de lleno, un suspenso indefinido, hasta que repentinamente eran atendidos por una mujer mayor de gestos sinuosos.

Casi sin preguntas, pero con sutiles ademanes que, para él resultaban incomprensibles, ella los hacía entrar con cautela y disimulo. En la

estancia interior, esperando algo, sin saber qué, las altas paredes y el escaso decoro de la habitación producían un efecto de vacío e inestabilidad que se prolongaba hasta el infinito...no habían sonidos...sólo una ampolleta proyectando una luz baja y deprimente colgando de un largo cable desde el techo, en medio del cuarto...la impaciencia hacía que el chico hurgara en silencio la nada de las cuatro paredes, respetando el ámbito inquebrantable, para no perturbar el descanso de la abuelita. Aquellos dos a cuatro minutos de fastidiosa espera, tenían un sabor a casto encierro, un paladeo de atracción escondida, saboreando fogosa miel de juego espeso e inofensivo. Habiéndolos dejado por un instante, la mujer extraña retornaba desde otro lugar de la casa, atravesando por una mampara cuyos vidrios estaban pintados de color blanco, impidiendo la visión. Otra vez, con disimulados gestos, ambas llegaban a entenderse reconociendo un código de comunicación aprendido al pie de la letra. La dulce tía se acercó al niño, se inclinó hacia él, acarició su cabeza y le dijo que la abuelita se sentía mal, que ella debía entrar sola para poder verla y que pronto regresaría a buscarlo, por lo tanto no debía preocuparse, sino, esperar en esa sala hasta que ella saliera del otro cuarto. El pequeño, condicionado a las decisiones de los adultos, sentía un profundo pesar de no poder ver a la abuelita, era un deseo reprimido que le provocaba incomodidad y desagrado. Largamente se quedaba mirando la puerta de la habitación donde descansaba la abuelita, concentrado en su sueño de verla, tocarla, hablarle y jugar con ella aunque fuera sólo un poco. La fijación en su mente aumentaba con el paso de los minutos... en su mundo de quimeras, trataba de imaginar lo que ocurría allí dentro...sus pensamientos divagaban por las paredes...el techo alto y lúgubre amenazaba con caerle encima...se veía solo...sentía temor de cosas que no sabía. La atmósfera, impregnada de incógnitas presionaba su corazón. Su fragilidad lo hacía víctima de una inquietante pesadumbre.

-2-

Podía oler con nitidez la madera rancia acentuando el ambiente, su oído abierto en amplitud captaba el deshecho de las polillas cayendo por los tabiques como un radar distante...zumbido astral, el gusano en crecimiento carcomía con su apetito devorador cada centímetro de la vieja estructura, el rechinar de dientes filosos taladraba sus huesos diminutos...una aureola invisible rondaba su espacio de niño inofensivo, hasta que, de pronto, sin que pudiera darse cuenta de lo que ocurría en aquella habitación, la tía convincente ya estaba de regreso ante sus ojitos asombrados, efímera, reaparecía desde el fondo de la nada, con su cálida sonrisa, satisfecha de haber realizado una buena acción y gozosa de verlo nuevamente. Ella, de pronto, en un relámpago instantáneo, lo vio en su mente como un hombre crecido habiendo transcurrido los años...mas, al verse junto a él otra vez, tan diminuto, sintió que era

tiempo de seguir adelante por toda la vida, entonces, cogiéndolo del suelo y llevándolo a sus apretados brazos maternos, lo acarició amorosamente para marcharse por el mismo camino recorrido. Durante el trayecto, el niño preguntaba cosas acerca de la abuelita, tratando de saciar de alguna manera la insatisfacción que llevaba dentro de su ser, pero cada una de sus curiosidades tenía respuesta complaciente, a pedir de boca, por la tía dedicada y buena, quien siempre estaba estimulándolo con el consuelo de que pronto volverían donde ella.

-3-

La atracción que experimentaba el niño por querer conocerla de un momento a otro era tan grande que, constantemente le preguntaba cuándo llegaría el día de tenerla frente a su mirada inquieta, y entre sus juegos infantiles siempre estaba recordándola de una y mil maneras, imaginando como sería su imagen, su olor, su modo de hablar, el color de su pelo, deseaba poder tomar sus manos arrugaditas y darle un cálido beso en la frente. Por todo esto, se alentaba así mismo cada mañana esperando el gran día venidero; ese día en que sería abierta la mampara y poder dar unos cuantos pasos para tener la imagen vehementemente esperada delante suyo...quizá encontrarla sentada en su cama o balanceándose en una mecedora...tal vez tejiendo o jugando con una muñeca antigua peinando sus cabellos...de seguro lo tomaría entre sus brazos arrojándolo sobre la cama para hacerle cosquillas, y reír, reír, y reír hasta quedar exhaustos, luego escuchar un hermoso cuento y recibir galletas dulces... vestirse con algún sombrero antiguo y jugar a los poetas... salir al jardín y tomar una bella flor para deshojarla juntos cantando:

Me quiere...

Mucho...

Poquito...

Nada...

¿Me quiere? ...

-4-

Cuando llegó el viernes de la siguiente semana, la noche ya estaba vestida de estrellas. La estupenda tía laboriosa, luego de realizar su trabajo cotidiano con total dedicación, alegría y optimismo, se preparaba

con sus retoques de maestría, para exaltar aún más su belleza y elocuente atracción. Al terminar su propia obra de arte, sin más demoras, partieron juntos, alegremente, camino a encontrarse con la querida abuelita. El niño desbordante de felicidad sólo quería llegar pronto para estar en su presencia. Su corazón latía acelerado y sentía nerviosismo al pensar en aquello que pudiera ocurrir. Las calles del puerto quedaron atrás... en un soplo sin cuenta estaban parados en el umbral de la casa. Como siempre, la espera inicial hizo notorio un margen de separación en los deseos irrealizados del niño. Repetidamente apareció la mujer extraña que provocaba en él un temor desconcertante, por tal motivo nunca miraba sus ojos, pero algo intuía en ella...algo oculto que no podía explicar, pero que siempre terminaba estremeciéndolo. Desde su mundo pequeño e inestable sentía como bayas cada una de las antesalas que lo separaban de ver, por fin, a la tan ansiada y oscura abuelita. Luego de ingresar a la sala principal y tras haberse diluido los escasos minutos de eterna espera hostigosamente callada, que habían llegado a convertirse en familiares, en espera de poder verla, súbitamente, desde algún lugar de la casa, trayendo consigo secretos que no podía esconder demasiado, artimañas y preparativos acusadores, reapareció la mujer envuelta en misterio y susurrantes expresiones; a él le pareció en ese momento no ajena, sino esperada, sabiendo que poseía la llave mágica que habría la puerta del cuarto donde descansaba la eterna abuelita, sin nombre...tal vez:

Rosa...

Quizá, Matilde...

O Estrella...

-5-

Tan sólo a un paso de cumplir su ilusión, el chico apretaba sus puños con fuerza...su piel comenzó a exhalar humedad...mientras que sus mejillas blancas enrojecieron como un durazno en el fuego del verano candente. Esta vez habló la mujer con tono tajante y sin vuelta, ofreciendo disculpas porque la abuelita, cansada, dormía en ese preciso momento, recomendando que no fuera molestada. El niño sintió deseos de llorar y entristeció su mirada. Una paulatina depresión germinó en su interior sensible, al no ver concretado el motivo apasionante que sentía de querer verla a toda costa, aunque fuera por un solo instante, entonces, descontrolado, intentó soltar la mano de su tía jalando con fuerza para dirigirse hacia la puerta con decidida intención de abrirla de todas maneras. La tía ordenaba que no lo hiciera tratando que comprendiera la imposibilidad de entrar a la habitación, pero de él escapó un llanto con sentimiento que arrugó el viejo papel de las paredes, junto con un par de

gritos y sollozos preocupantes... finalmente con algunas caricias y promesas de muchas cosas que luego serían cumplidas, consiguió detener el llanto del pequeño, quien, definitivamente debió esperar que ella entrara para dejarle los obsequios que llevaban. Se preguntaba porqué solamente ella entraba y no él. No lo comprendía. Paseaba por la habitación irritante haciendo círculos de rebeldía en el piso. Los minutos pasaban y ella no salía del cuarto. Acercaba su oído a la mampara con temor de ser descubierto, pero de allí no salía ningún sonido. De pronto, como atentando contra lo prohibido, llevó su mano hasta la manilla de la puerta; tras detenerse unos segundos, tímidamente la hizo girar para abrirla y ver qué había adentro...aunque la puerta testarudamente y fiel encomendada de resguardos nunca cedió. La espera continuaba, mientras que de las paredes escurría un sopor de nostalgia acumulada con el tiempo... reapareciendo mágicamente la tía en la sala, el niño interrogó del porqué lo había dejado allí, mas, con un efectivo caramelo, respondió que la causa de su demora era debido a que la mujer encargada de la casa estaba escribiendo una lista de medicamentos y otros encargos para la abuelita, que acentuaban cierto vapor de misterio que él ignoró durante muchos años...

-6-

De regreso en casa, el niño, con travesuras y pequeños boicoteos lograba manifestarse en represalia por la tragedia que vivía de no poder ver realizado su sueño. Sólo esperaba la ocasión de retornar a ese lugar para verla. Al fin, siempre había algún modo de aquietar las intranquilidades expresadas por el pequeño, algo depresivo, pero, sin que nadie sospechara, comenzó a germinar en él una obsesión que iba creciendo en su interior y que, posteriormente, llegaría a desarrollarse, dando forma a una extraña conducta algo enfermiza. Para saciar la irresistible tentación que lo embargaba, daba rienda suelta a su fantasía, hablando en su hogar acerca de las visitas donde la abuelita, provocando curiosidad entre los integrantes de la familia, pero, cuando alguno de ellos solía preguntar por lo que el niño expresaba, la tía, oportunamente, daba explicaciones de cosas y detalles verbales, sin acalorarse demasiado, dejando contentos a todos.

Andando el tiempo, otro viernes, como tantos otros, el anuncio oportuno de visitar a la abuelita fue declarado en la casa y al oído del pequeño por su consentidora tía quien desbordaba cariño y amor por su pequeño amigo, quien la gente suponía ser su hijo, pues ella no tenía, y eran muy parecidos.

Desde bebé ella cuidó de él pues había sido abandonado por su padre quien jamás regresó a su lado ni quiso volver a verlo, por tal motivo la

compasión de la familia hacia el pequeño era elocuente siendo además la luz del hogar por ser el último novato del clan, todos habían crecido y formado sus vidas. En esa visita pensaba él apasionadamente, sería develado el misterio de la abuelita, enfrentados uno al otro, cara a cara para saberse por siempre...

- 7 -

¿Qué vínculo tan cercano los uniría?

¿Acaso el lazo de la sangre que tal vez no existía?

¿Sentimientos maternales escondidos por pudor?

¿Alguna sorpresa venida del pasado?

No pasaron más de dos años de seguir visitando la casa de la abuelita desconocida, sin que durante ese tiempo pudiera ser vista por el niño. La salud de ella comenzó a empeorar paulatinamente y no era recomendable el acercamiento entre ambos por razones médicas; sólo debía esperar en la sala principal más muda que la ausencia, y sin respuestas a su curiosidad infantil que, siempre hurgó con preguntas incómodas, cuando la tía entraba a la habitación de ella como cosa excepcional, no más de quince minutos, para luego marcharse, con la espina en su mente de no verla jamás. El niño olvidó mientras fue creciendo el sabor agrio de aquella experiencia trunca, pero, como una hilacha de raíz porfiada, algo de ello permaneció vivo en su interior...

Cercanos los treinta del joven, un día de cavilaciones y resúmenes, recordó escenas de todo lo vivido en esa casa de dudas. Ordenó ideas, sacó conclusiones...y, supo, en un flash certero, todo lo que había ocurrido en realidad. Como quien despierta de un largo sueño de ignorancia, vio con tal claridad regresar el recuerdo a su mente, notorio, seguro, aclarando lo ignorado, aquello nunca sabido, hasta ese momento. Sí... era la voz ronca y viril de un hombre, proveniente de la habitación donde entraba su tía cuando iban de visita donde la abuelita.

-8-

Esa voz indescifrable para él, que muchas veces escuchó sin pensar en nada ni darle importancia alguna por estar pendiente de la abuelita y nada más que ella. Entonces, habiéndose disipado la chusca en el

camino de su vida, corrió donde estaba su tía, aún en vida, pero convertida en una amorosa anciana de cabello argentino. Llegó hasta su cama sintiendo que cada paso era un año vivido por él en la decepción...cada segundo acercándose a ella era un segundo vivido en aquella casa suspendida en el aire... sus ojos iban clavándose más y más en lo profundo de su mirada, sin que ella presintiera lo que venía...Cuando la tuvo frente a él, mirándola certeramente a sus ojos... con tono de expiación y cierta malicia juguetona, pero sin abandonar una intención inofensivamente inquisidora, como si en ese momento, hubiera retrocedido el tiempo, transformándolo en el mismo niño de aquel entonces, recién nacido a la bondadosa verdad que abría por primera vez la mampara de aquella habitación para contemplar lo que había en su interior, pero ahora llena de luz, magníficas praderas de claro albor, transparencia de cristales, lagartijas enjauladas ya libres correteando bajo el sol y un prisma descompuesto de mariposas a su alrededor, le dijo:

“¡La abuelita...!

Ja ja ja ja ...

¡La abuelita...!

Nunca existió...

¿Verdad?”